

Tu mano que al viento crezca recortada (cuento policíaco)

Your hand that grows cut in the wind (detective story)

Elías Mauricio Aguirre Camas

Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, Managua

elias.aguirre@unan.edu.ni

© UNAN-Managua

Recibido: abril 2024 Aprobado: junio 2024

<https://doi.org/10.5377/rll.v10i1.18233>

<https://orcid.org/0009-0008-7970-7346>



La única manera de obtener la información que estaba en su celular era a través de la huella digital. Antes de morir, Jeremy había configurado la seguridad de su móvil con los tres elementos principales: patrón de desbloqueo de pantalla, reconocimiento facial y la huella del dedo índice de la mano derecha. Cuando la noticia llegó a la comisaría, Jack y yo estábamos apenas desayunando. El homicidio ocurrió la noche anterior. Jack pidió un par de waffles con miel y café negro sin azúcar. Se supone que la víctima es la esposa de Jeremy. Yo había pedido tostadas con mantequilla, café con crema y huevos fritos con tocino. Según la notificación, Jeremy también murió en el incidente.

Mientras comíamos, leíamos los datos más importantes del reporte. Todo parecía indicar que el crimen tuvo lugar a causa de los celos. Nosotros teníamos que movernos de inmediato al lugar de los hechos. El wasap enviado por el jefe apenas decía: Mujer muerta en su casa de habitación. Marido desaparecido. Hay una tercera persona implicada. Investigar de inmediato. Jack y yo apenas terminamos de tragar.

Yo cogí mi arma de reglamento, calibre 45, Jack no llevó la suya y se dispuso más bien a verificar que el kit de criminalística estuviera completo. Le dije que solo lleváramos lo indispensable: lámpara de luz blanca y de luz ultravioleta para identificar posibles huellas digitales, la lupa metálica, los polvos negro, blanco y fluorescente; los aplicadores de pelo de camello y las cintas de cristal para recoger las marcas dactilares; además de la cámara fotográfica, los goteros, el tubo de ensayo con solución salina (para recolectar muestras de fluidos), pinzas y los porta indicios grandes y pequeños.

Para mí lo más importante es la libreta de apuntes porque todo debe irse anotando de forma ordenada. Un día olvidé mi libreta y tuve que hacer las anotaciones en el teléfono. Para un criminalista es prohibido quitarse los guantes de látex mientras está trabajando, por ese asunto de tener cuidado de no contaminar el lugar, y es realmente incómodo escribir en el móvil de esta manera.

Jack y yo tenemos cinco años de trabajar juntos. Nos graduamos como licenciados en criminología. El último caso que investigamos fue el de un hombre cuyo miembro viril fue arrancado de un tajo por su mujer, luego que esta se diera cuenta que supuestamente le había sido infiel con una vecina. Según el reporte que redactamos en esa ocasión, el sujeto fue despojado de su hombría mientras dormía. En la escena del crimen encontramos como evidencia un cuchillo de carnicero, el cual tenía las marcas dactilares de la mujer y abundante sangre en las sábanas sobre la cama. Lo que no hallamos por ningún lado fueron los restos del falo. Solo vimos en una esquina a Rocky, el perro de la casa, durmiendo plácidamente como si hubiese acabado de comer una ración de pellejo con arroz. El hombre murió desangrado en el hospital.

Este caso prometía ser diferente, aunque siempre estaban los celos de por medio. Ahora la víctima era una mujer, a la que no precisamente le arrancaron su femineidad, pero sí la vida, que es peor. Antes de montarnos a la patrulla, Jack se cercioró de que todo estuviera en orden en el vehículo. Niveles de aceite y combustible, estado de la batería, fluidos en el radiador y, sobre todo, las gomas con la cantidad de aire necesaria.

Las escenas del crimen son todas distintas, aunque los motivos por los que se cometan tengan cierta similitud. Cuando llegamos al lugar ya estaban allí los periodistas. Estos son unos verdaderos sabuesos para olfatear la noticia, sobre todo cuando hay sangre; son como los tiburones, que la detectan a varias millas de distancia. Aunque los reporteros estaban impacientes, nuestro jefe, quien también ya había llegado, no podía dar declaraciones sin antes atender nuestro informe, puesto que en estos casos nada se puede prestar a especulaciones.

Cuando comenzamos a trabajar, pudimos ver que el cadáver de la mujer, tendido en una cama, tenía un orificio de entrada en el hueso parietal izquierdo del cráneo. No había orificio de salida. La pistola no estaba en el lugar. Medicina forense debía encargarse de extraer la bala para saber las características del proyectil y el arma con que fue disparada. Con esta escena, no quedaba más que reportar una muerte instantánea.

El otro cadáver, el de Jeremy, tendido sobre el piso, al fondo de la habitación, tenía una herida de bala al centro del pecho. El proyectil destruyó el corazón en un segundo. También tuvimos que clasificarlo como una muerte instantánea.

Ese mismo día, un supuesto testigo le dijo a mi jefe que la noche anterior Jeremy estaba reunido con unos amigos y que de pronto recibió unos mensajes en su teléfono, donde alguien le alertaba que había visto a su mujer entrando en la casa con un individuo desconocido. Solo bastó que esa persona se diera

cuenta para que lo supiera todo el vecindario. Lo que nadie se explica es cómo, Jeremy, que supuestamente iba arreglar cuentas por una supuesta infidelidad, también resultara muerto en el mismo sitio.

Patrick, mi jefe, hizo varias conjeturas. Una de ellas es que se pudo tratar de un plan bien organizado, donde un grupo de individuos se tomó la tarea de vigilar los movimientos de Jeremy y su mujer, suponiendo que las víctimas guardaban dinero u objetos de valor en su casa y que los mensajes que alertaban de la supuesta infidelidad no eran más que una coartada de los malhechores para obligar a Jeremy llegar a la casa, y exigirle, mediante amenazas de asesinar a su mujer, entregar todo el dinero que tuviera guardado en el inmueble, así como las cosas de valor como joyas y relojes; o bien, que si no tuvieran dinero en efectivo en su casa, obligarles a hacer transferencias electrónicas a las cuentas de sus bancos.

-“¿Pero qué habría salido mal, jefe?-, pregunté yo, intrigado, -porque así como lo está usted relatando pareciera un plan de robo perfecto, pero resulta que tenemos dos personas muertas en la escena del crimen”-

-“Eso es lo que vamos a investigar”-, dijo Patrick, quien agregó que otra posible respuesta a todas nuestras preguntas es que efectivamente la mujer le estuviera poniendo el cuerno al marido, que hubo un vecino desocupado que los vio entrar a la casa.....

-“Eso sí me huele mal”-, interrumpí yo, -“porque resulta que en esta sociedad si se te meten a robar a la casa nadie se entera, ahhh, pero si metes un querido o una querida hay cientos de ojos vigilándote”.

-“No me vengas con tus inventos y chistes de mal gusto, que esto es un caso serio”, dijo Patrick. Mi jefe prosiguió argumentando que a lo mejor la mujer sí se las estaba pegando al marido, que este, al darse cuenta por los mensajes de algún vecino desocupado, llegó rápidamente a la casa a ajustar las cuentas y pudo haber resultado que el amante fuese más ágil y más astuto que Jeremy, que cuando este los encontró en la habitación, sin mediar palabra dispararía a la cabeza de Jenny, su esposa, mientras que el amante, con malabares de trapecista, se abalanzó sobre él, desarmándolo en el acto y en defensa propia dispararle directo al corazón.

-“Sí, jefe”-, le dije yo, “pero ahora resulta que al cadáver de Jeremy le hace falta la mano derecha y nosotros necesitamos su dedo índice para, con su huella dactilar, desbloquear su teléfono y seguir recabando más información. Solo así vamos a poder darnos cuenta qué es lo que hay en los mensajes y qué fue lo que verdaderamente pasó”-

-“¿Ya probaron con el reconocimiento facial?”-

-“Sí, pero el cadáver tiene los ojos cerrados, y aunque se los abramos como persianas con los dedos, el teléfono no lo reconoce porque tiene las pupilas dilatadas, además, usted sabe que la expresión del rostro no es la misma estando vivo que muerto”-.

-“¿Y el patrón de pantalla?”-.

-“También. Lo pusimos a contra luz y la superficie de la pantalla está limpia. Tampoco pudimos identificar marcas con la luz ultravioleta, eso nos indica que este individuo solo desbloquea su teléfono, ya sea utilizando solamente el reconocimiento facial o bien con la huella digital”-.

-“¿Y si probamos con la huella de la mujer?”-, dijo Jack, mi compañero.

-“Estamos hablando del teléfono del hombre, no del de la mujer”-, respondió Patrick, a punto de malhumorarse.

-“Ustedes bien saben que hay hombres mandilones, cuyas esposas, que alegremente los gobiernan, les exigen todas las contraseñas habidas y por haber para mantenerlos a raya con sus teléfonos y cuentas en el banco, que tienen como fondo de pantalla a su preciada familia, que si el excelentísimo ente electoral lo permitiera, la sagrada cónyuge posaría con él en la foto de su cédula de identidad.....”-.

-“Ya, cállate”-, interrumpió el jefe, cortando de un tajo la retahíla que apenas comenzaba a recitar Jack en defensa, según él, de los hombres oprimidos que no han podido ver la luz del día desde que se casaron.

Sinceramente a mí no me pareció descabellada la idea de Jack y por curiosidad probé desbloquear el teléfono de Jeremy con la huella de Jenny, su esposa, y ¡voilà!!!!, que se desbloqueó la pantalla. El jefe y Jack se quedaron viendo con sorpresa, abriendo la boca y pelando los ojos, en sordina, sin decir una sola palabra.

Los periodistas estaban desesperados por querer saber los detalles del suceso. Hasta ahora solo habían posteado en las redes sociales de sus medios de comunicación aspectos generales como el hallazgo de dos cadáveres en una casa; que supuestamente fue un crimen pasional; que a lo mejor entraron a robar y el ladrón, al verse descubierto, disparó contra ellos; que quizá fue el hombre quien estaba siendo infiel y que su mujer los encontró en el acto, que esta decidió perdonarle la vida a la amante, pero no se la perdonó al marido y por eso le disparó en el pecho para luego ella, en un acto de desesperación, dispararse en la sien izquierda con la misma pistola; que a lo mejor, efectivamente, fue el hombre el que encontró a su mujer con otro alertado por un vecino, que los halló a ambos con las manos en las masas y

que en un acto de arrebato, el agraviado marido disparó primero en contra de su esposa, pero que fue sorprendido por el amante, más ágil que él, que con una técnica de yuyitsu desvió el arma hacia su propio cuerpo, disparándose él mismo en el pecho.

En la bandeja de entrada del teléfono de Jeremy encontramos un mensaje de un número desconocido, pero la alerta no era de una supuesta infidelidad, sino de un supuesto robo en proceso en su casa de habitación. Su mujer no estaba en la casa a esa hora. Eran las 8 pm. Jason y Mike, los dos ladrones, entraron sigilosamente en el inmueble antes que llegara Jenny, cuando esta llegó fue inmediatamente amordazada y dejada sobre la cama de su cuarto. Los maleantes revisaron toda la casa en busca de dinero y joyas, pero no había nada y no pretendían irse con las manos vacías. Jenny les explicó que ella no administraba el dinero del hogar, que era su marido y que todo lo tenía en el banco. Entonces le pidieron el número de su marido. No permitieron que ella lo llamase porque este inmediatamente notaría algo extraño en su voz por el impacto de la situación que estaba viviendo en ese momento. Fue entonces cuando decidieron mandarle un mensaje. Jason utilizó su móvil para hacerlo: "Se están metiendo a robar a tu casa", rezaba el texto.

Jeremy, que estaba metido en un bar, pudo ver la notificación del mensaje de inmediato porque tenía su celular sobre la barra. Le pareció muy extraño que se tratase de un número desconocido porque aseguraba tener los contactos de cada uno de sus vecinos. De inmediato se le pasó por la mente llamar a la policía para que se hiciera cargo del asunto, pero titubeó al acariciar la idea de que a lo mejor se tratase de una jugada de su mujer, quien pretendía darle una sorpresa erótica en su casa, a media luz, latigado y amordazado por una gata negra que se le escurre ronroneando por todo el cuerpo, así como lo había hecho ya en el pasado.

Sin pensarlo dos veces, se levantó de su lugar, pagó la cuenta y se fue. Mientras iba en su vehículo rumbo a su casa, su mente estaba ocupada, no en la supuesta idea de un robo, sino en la picaresca situación de encontrar a su mujer tendida en la cama, haciéndole ademanes seductores, invitándolo a una extensa jornada de jugueteos y caricias que prometiera terminar en una estrepitosa erupción de dos cuerpos fundidos como lava volcánica, cuyo calor hiciera del invierno primavera, como dice cierta canción.

-“Me gustaría saber el paradero de esa mano”-, dijo el jefe.

Los periodistas aún no sabían el detalle de la mano cercenada del cuerpo de Jeremy. ¿Qué podrían haberse imaginado? A lo mejor habrían posteado en sus redes sociales: “Hombre amputado por cleptó-

mano". Pero no, Jeremy no es ningún ladrón, es más bien quien está siendo víctima de un robo en su propia casa. ¿Ya ves cómo tergiversan los hechos los periodistas?

Patrick, mi jefe, comenzó de nuevo con sus elucubraciones y se le ocurrió que quizá los malandros le arrancaron la mano derecha a Jeremy para utilizarla como instrumento biométrico para poder sacar su dinero de algún cajero automático. Ya ves que ahora con la nueva tecnología estos dispositivos tienen la opción de registrar tu huella dactilar para hacer más expedita cualquier transacción financiera, sin necesidad de introducir tu tarjeta.

Cuando Jeremy entró a su casa todo estaba a media luz. No había nada de extraordinario en la sala, pero notó que su equipo de sonido apenas musitaba una música romántica de fondo (y llevarte a la cima del cielo), lo que le pareció excelente como preámbulo de una intensa noche de amor (donde existe un silencio total). Entonces decidió tomarse su tiempo, se acercó a la cocina y sacó del refrigerador una botella de vino, elaborado a partir de las características uvas cabernet sauvignon, con un elevado cuerpo y color oscuro bien marcado (donde el viento te roza la cara); buscó el sacacorchos en el gabinete de las cucharas de plata y sacó dos copas altas de la estantería de china (y yo rozo tu cuerpo al final) y las llenó arriba de la mitad. Cerró la puerta del refrigerador muy suavemente; con una copa en cada mano se dirigió hasta la habitación que quedaba en el segundo piso.

Cuando Jack y yo entramos a la escena del crimen, lo primero que vimos fue la alfombra blanca del cuarto con unas manchas moradas y dos copas en el suelo, una de ellas con el fuste desprendido del cáliz. Marcamos cada uno de los objetos en la habitación, recogimos muestras de fluidos del piso, principalmente sangre; la blancura de la alfombra del cuarto nos permitió encontrar muestras de cabellos que no eran ni de Jeremy ni de Jenny, ni de ninguno de los dos gatos que merodeaban por toda la casa. Era cabello humano, de un color como castaño oscuro, de unos cinco centímetros de largo, muy sedoso, como recién lavado. -"Al parecer son un par de ladrones bien aseados"-, dijo mi jefe, al inspeccionar la muestra. Cuando revisamos con la lupa la herida de la mano cercenada, nos dimos cuenta que era un corte limpio, de un solo tajo, hecha como con una espada de samurái.

"Sigo maquinando para qué pudieron haberse llevado esa mano"-, dijo el jefe.

-"En este momento la mano es lo de menos"-, dijo Jack, tratando de explicar que nadie se muere por que le amputen una extremidad, que por lo pronto había que investigar sobre las causas del crimen y no la forma en que fue perpetrado, puesto que ya habíamos determinado que ambos murieron de forma instantánea por las heridas de bala en sus cuerpos; ahora, lo que queda por determinar es cómo sucedieron los hechos.

Antes de subir las escaleras que lo llevaban a su habitación, Jeremy pensó que sería buena idea primero entrar al baño a enjuagarse la boca y amainar un poco su aliento a cervezas y cigarrillos, de paso echarse de su perfume favorito, el cual sabía que enloquecía a su amada. Antes de entrar al baño puso las dos copas de vino sobre una mesita de vidrio que hace juego con el set de sofás, a la par del control remoto del televisor. Decidió allí mismo tomar una ducha con agua caliente, “nada más relajante que un buen baño antes de la batalla”, pensaba en sus adentros. Al entrar al baño notó que la tapadera y el aro del inodoro estaban levantados. ¿Cómo es posible? Solamente un hombre, cuando va a orinar, tiene el cuidado de levantar el aro y la tapa del inodoro al mismo tiempo para no salpicar todo mientras ejecuta su operación fisiológica. “¿Será posible que Jenny haya metido un amante a la casa sin que yo me diera cuenta? ¿Desde cuándo estará viniendo este tipo a mi casa?”, pensaba Jeremy, silenciosamente.

Desistió de la idea de ducharse. Se puso de nuevo la camisa que ya se había quitado. Tomó las dos copas de vino que había dejado sobre la mesita de vidrio que hace juego con el set de sofás, mientras su equipo de sonido seguía musitando música romántica (¿Y cómo es él?). Se acercó a la cocina, pensó devolver el vino de las copas en la botella, pero no lo hizo, (¿en qué lugar se enamoró de ti?) más bien se las bebió de un solo trago cada una (¿de dónde es?). Volvió a rellenar las dos copas arriba de la mitad (¿a qué dedica el tiempo libre?). Pensó en lo vergonzoso que sería que todos sus vecinos se dieran cuenta que su esposa metía un hombre a la casa (Pregúntale, porque ha robado un trozo de mi vida) menos él; que con qué cara saldría a la calle, sería la burla de todos (es un ladrón, que me ha robado todo). Sin embargo, Jeremy, en un relámpago de la memoria recordó de golpe que había sido él mismo quien dejó la tapadera del inodoro hacia arriba, cuando entró a orinar por la mañana, antes de dirigirse al trabajo y que así quedó durante todo el día porque su mujer no suele entrar al baño que utilizan las visitas en esta parte de la casa.

Mientras recogíamos las evidencias, Jack notó en la blancura de la alfombra una huella como de bota militar, estaba bien marcada sobre la superficie. Yo no la podía ver con facilidad, pero allí estaba, impresa, como recién pisada. Eso quiere decir que el sospechoso se quedó inmóvil un buen espacio de tiempo en esta parte de la habitación, quizá esperando a que ingresara Jeremy para neutralizarlo. Buscamos por todos lados y no encontramos casquillos de bala, indicio inequívoco de que el asesinato fue ejecutado con un revólver, que, a juzgar por las heridas, puede tratarse de una pistola calibre 38, ya que, si hubiese sido con una Magnum 357, ambos cadáveres tendrían huecos enormes, pero no era este el caso.

-Me sigue impresionando la forma limpia con que le arrancaron la mano-, dijo Jack. -Tuvieron que amputarla cuando el tipo ya estaba muerto, ni modo que le dijeran: ‘poneme allí la mano, que te la voy a cortar’-, le dije entre risas a mi compañero.

Patrick, mi jefe, entró de nuevo en la habitación, urgido de información para poder dar una entrevista ante los medios de comunicación. Yo le dije que lo único que podía adelantar hasta el momento era que ambas personas habían sido asesinadas con un revólver, que a uno de los cadáveres le fue arrancada la mano derecha y que no se sabe el paradero de ese miembro y, que, por ahora, el móvil del crimen es el robo, todavía pendiente de confirmar, puesto que en la billetera del hombre están intactas sus tarjetas de crédito y de débito.

-Sigo presumiendo que estos malvados le arrancaron la mano al hombre para vaciar su cuenta del banco, pues con la huella dactilar del dueño basta para tener acceso a ella a través de los cajeros automáticos-, dijo Patrick, quien ya había girado órdenes de inspeccionar todos los puntos ATM a tres kilómetros a la redonda del lugar de los hechos.

-Usted dígame a los periodistas lo que tenemos hasta el momento, pero no les mencione lo que usted supone sobre la mano cortada del cadáver; quién aguanta a esa gente generando alarma, diciendo en las redes sociales que el nuevo modus operandi de los ladrones es arrancarles las manos a las personas para vaciar sus cuentas del banco. ¡Produciría toda una histeria colectiva! -.

-Está bien-, dijo el jefe.

Jeremy tomó de nuevo las dos copas de vino recién llenas, aliviado de la espantosa idea de que su mujer le estuviera siendo infiel por aquel episodio de la tapa del inodoro que no recordaba y subió lentamente las escaleras hacia la habitación principal de la casa. Los escalones de madera crepitaban ligeramente a cada paso, todo el recinto seguía a media luz. Teniendo el cuidado de asir muy bien las copas de vino que llevaba en las manos, accionó con el codo derecho el picaporte de la puerta para abrirla. Todo estaba en silencio. Desde el umbral pudo ver a su esposa tendida en la cama, con las manos atadas con una cinta de plástico blanca y la boca amordazada con un pañuelo rojo, pero no estaba vestida de gatúbela, como se lo había imaginado. Nada más entrar en la habitación lo derribó un fuerte golpe en la cabeza. Las copas de vino rodaron por el suelo. Jason y Mike, los dos maleantes, que lo estaban esperando ocultos, lo inmovilizaron y le exigieron con amenazas que les entregara todo el dinero que tuviera en su poder. Jeremy no podía creer lo que estaba pasando y se arrepintió de haber hecho caso omiso al supuesto mensaje del robo en curso en su casa, pensando que era una estrategia de su mujer para hacerlo llegar y darle una sorpresa erótica.

Las únicas huellas que pude recolectar intactas eran las que estaban en las copas de vino y efectivamente eran las marcas dactilares de Jeremy. En el picaporte de la puerta, las huellas que estaban impresas eran las de Jenny. La huella de la bota militar que estaba impresa en la alfombra de la habitación se des-

vaneció pronto, pero ya le habíamos tomado las medidas y una fotografía. En el laboratorio de criminalística secuenciamos el ADN de la muestra de cabello, pero los datos no coinciden con ningún sospecho hasta ahora identificado. Jack me dijo por la mañana, al siguiente día, mientras desayunábamos cerca de la comisaría, que, según la información de los peritos financieros, la cuenta del banco de Jeremy estaba vacía.